

DIPTICO VERDIANO

En el mes de marzo, en Barcelona y Turín hubo dos acontecimientos destacables: en ambas ciudades se estrenó una ópera de la primera manera verdiana de las que suelen representarse poco. El Liceo de Barcelona sigue firme en su camino hacia la reapertura y presentó por vez primera, en versión de concierto en el Palau de la Música una GIOVANNA D'ARCO en general de excelente nivel. Se trata de una obra aún anclada en las tradiciones belcantistas anteriores al maestro, aunque éste ya muestra tempranamente su originalidad en los dúos y concertantes e incluso en el aria de entrada de la protagonista. Maurizio Benini dirigió bien, aunque cierto apresuramiento, en especial en los finales de acto y en los dúos de soprano y tenor, deslució un tanto su tarea al frente de una orquesta que sigue en buena forma (el coro, en cambio, parece por momentos anémico y en retroceso). June Anderson también afrontaba la parte por primera vez. Aunque siga siendo de reacciones imprevisibles (en la función que presencié dejó de salir a saludar al final incomprensiblemente y con una expresión de diva airada que no le sienta ni corresponde), cantó bien, muy bien, con ese timbre un tanto metálico y una voz bastante avara en los etéreos pianísimos verdianos (en los que sobrea abunda la grabación de Caballé, pero que en cambio ofrece en su medida justa la admirable interpretación de Tebaldi captada ella sí en vivo, a la que sigue muy de cerca la de Suzanne Dunn en la antológica versión de Bolonia). Carlos Alvarez tuvo un triunfo personal en el padre. Personalmente me pareció un poco inmaduro para estas lides, en cuanto a legato y dinámica, pero el timbre es muy bello y oscuro y claramente tiene características verdianas que espero evolucionen con calma (haber renunciado al Rigoletto con Muti en la Scala me parece un signo de inteligencia; ojalá no se le suban a la cabeza las ovaciones un tanto exageradas que aquí recibió). Con toda su veteranía y sin negar el paso del tiempo (un agudo algo rígido y blanco, con limitaciones oportunamente solucionadas con algún sollozo), Giorgio Merighi demuestra lo que los tenores italianos de su generación aún tenían y hoy ya no poseen: gusto, buena técnica, intuición, estilo, fraseo y ese squillo -hoy velado, pero que aún se nota. Su frase "Vieni al tempio, ti consola" fue el momento más genuinamente verdiano de la velada.

En el Regio de Turín presencié el estreno de IL CORSARO, en la nueva edición crítica de Hudson editada por Ricordi y la Universidad de Chicago, extraordinariamente dirigida por Evelino Pido' y con una puesta tal vez mínima pero bastante eficaz de Mauro Avogadro (aparte de las esclavas desnudas del harén y de un Corrado luciendo sus pectorales en el último acto, que no molestaron, hubo una dirección tradicional que no molestó, salvo en las innecesarias servidoras de Medora que no agregan nada y hacen perder el tono intimista de sus escenas, y funcionó en la medida en que esta ópera puede funcionar). De todas las obras de Verdi que he visto, ésta es de lejos la más floja: si hay oficio para salir del paso, se nota el desgano, la prisa, el desinterés que sólo se supera en esta o aquella aria y especialmente en el cuadro de la prisión del protagonista, de una modernidad sorprendente junto con el preludio. Pensando en otras obras anteriores, como la propia GIOVANNA, aquí sorprendemos al maestro con ganas de terminar de una buena vez y como sea: al menos tiene el mérito indiscutible de la brevedad y de su infalible sentido de la situación teatral, cosa que ya quisiéramos en el más célebre de sus contemporáneos.

Medora debía ser Barbara Frittoli, pero esta interesantísima joven cantante se quedó después de las primeras funciones requerida por Abbado para su primer OTELLO en Salzburgo. El teatro, en un gesto que lo honra, la liberó del contrato y acudió a Silvia Ranalli, una robusta soprano que afirma haber recibido lecciones de Tebaldi: supongo que aún le deben de quedar bastantes porque los pianísimos brillaron por su ausencia y la monotonía de su voz segura no dio en ningún momento la dimensión del personaje y mucho menos en esa magnífica aria de entrada (grabada ejemplarmente por Caballé, quien, por supuesto, a la hora de la grabación completa prefirió Gulnara). María Dragoni surgió como gran promesa hace unos diez años: hoy no sólo no ha corregido lo que se le señalaba entonces, sino que ha añadido los errores típicos de una carrera conducida sobre una voz natural de spinto sin refinamiento ni estudios ulteriores: golpes de glotis, engolamientos innecesarios, deficiente uso de la máscara que impide más de una vez la proyección del sonido (uno nota que está por escuchar algo impresionante, pero ese algo nunca se produce del todo). Su articulación no es precisamente clara y como artista no se esforzó mucho, aunque fue más creíble que su rival. Roberto Frontali, de calibre un punto liviano, resultó un excelente pachá Seid y su notable aria el momento más aplaudido de la noche. Tiene técnica y extensión suficientes y el deseo que no le ocurra lo que a algún compatriota por haber dejado muy pronto el bel canto por los empleos más pesados: no sobra nadie hoy como para permitirnos el lujo de una carrera estropeada por la impaciencia. Ese es también mi deseo para el argentino José Cura que tuvo una gran ovación final y muy merecida. Ese tinte baritonal - demasiado acentuado para su edad- que no me acabó de convencer en su IRIS de Roma le ayudó aquí a plasmar un Corrado que hoy no debe tener rivales y que es ciertamente muy superior al de Carreras en su grabación. Canta con gusto, sin esfuerzo (no se trata de un papel agudo), con valentía y estilo y si su modelo evidente es el Domingo de los grandes momentos, no me parece nocivo, porque no se trata de una simple imitación ni de falta de personalidad: justamente lo más notable de todo fue su administración del fiato y el diseño de su personaje.